

LEER, ASÍ DE SIMPLE

Durante dos años impartí clases de Literatura a alumnos de bachillerato. No era fácil. Por lo general, los chicos escuchaban mis explicaciones sobre El siglo de oro o “El cantar del mio Cid” procurando que sus caras estuvieran vacías de cualquier expresión. Debo reconocer que lo hacían muy bien, como si hubieran ensayado mil veces la inexpresividad hasta que llegaran a dominarla. Cuando el timbre del centro tocaba el final de la clase, los rostros revivían, pasando a verse llenos de felicidad, y los cuerpos empezaban a vibrar deseando poner rumbo al exterior. Deduje que se aburrían en la hora que compartíamos, y me puse como meta que dejara de ser así.

Yo era profesora suplente (mi especialidad es el inglés), de modo que no me sentía demasiado responsable del futuro literario de aquellos muchachos. Debo reconocer que me lié la manta a la cabeza y me salté los programas a la torera. ¿Qué hice?: empecé a leerles en clase. En vez de teorizar sobre poesía y narrativa, pasé a los poemas y las novelas propiamente dichos. El resultado no se hizo esperar. Cuando acabamos un relato de Bécquer, un relato de terror, las caras de todos mis alumnos habían sido espejo de un montón de emociones: intriga, preocupación, interés, horror... Y cuando otro día el timbre interrumpió la escena del asesinato de la prestamista (Crimen y castigo), nadie se movió. Allí se quedaron todos, sacrificando minutos de recreo con tal de no perder ni una sola palabra de Dostoievsky.

Me sentí feliz. Cierto que si hubiera pasado por aquellas clases un inspector de Enseñanza media quizá yo hubiera tenido problemas; pero me daba igual, había podido comprobar una vez más que la lectura tiene un poderoso atractivo que a todos alcanza y cuya magia se desata enseguida: justo cuando se empieza a leer.

Alicia Giménez Bartlett